

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN: EL OTIUM Y LA FIESTA	1
2) LA IMPORTANCIA DEL JUEGO	2
3) EL DEPORTE Y LA FAMILIA	4
4) CONCLUSIÓN.....	5
5) CONCRETANDO	5
6) PRÁCTICA FAMILIAR	6
7) PARA PROFUNDIZAR.....	6

TEMA 4. *El encanto del juego y la fiesta*

1) *Introducción: el otium y la fiesta*

Platón, en su diálogo Fedro alaba “el encanto del juego y la fiesta”. Al aproximar ambos términos, el filósofo griego nos invita a pensar esta relación y tal vez de equiparar el juego a la fiesta. La pregunta que nos hacemos este mes es, pues, la siguiente: ¿qué relación existe entre jugar y celebrar? ¿qué puesto ocupa el juego en nuestras fiestas familiares?

Para los antiguos griegos y romanos el *otium* era expresión de la libertad y de la vida buena. Aristóteles recordaba que se privaban del *otium* únicamente con vistas a recobrarlo, o lo que es lo mismo trabajamos para tener *otium*. En este sentido, el *neg-otium* tenía un significado negativo, ἀ-σκολία lo llamaban los griegos, con la alfa privativa. Hoy nos encontramos, como dice Josef Pieper, ante una supervaloración del trabajo, tanto en su significación de actividad general (hay abundancia de hiperactividad o activismo), tanto en su significación de afán, esfuerzo, molestia (hay mucha conciencia de las dificultades y adversidades en el trabajo), tanto también si se entiende como actividad útil, acción con una utilidad social (se valora mucho la dimensión y función social del trabajo).

Frente a ello el *otium* es una forma contemplativa, una forma de silencio que está atento a escuchar, el comportamiento del que se sumerge en la verdad, un modo de tener el corazón abierto. Es también la actitud de la celebración solemne, saboreada sin mirar el reloj a cada instante. Por último, va más allá de la dimensión útil, es capaz de una mirada sapiencial, totalizante y de situarse ante ella con un acto de plena libertad. El *otium* no ha de confundirse, pues, con la interrupción del trabajo, con lo que nuestro mundo contemporáneo entiende por ocio.



La verdadera cultura únicamente madura en el terreno del *otium*, entendiendo por cultura todo aquello que va más allá de la necesidad de sobrevivir, pero que es indispensable para que la vida humana sea lograda. Ahora bien, ¿cómo detener el avance del trabajo totalitario? ¿cómo generar condiciones de posibilidad para que el hombre tenga *otium* y lo aprenda a vivir? Si el *otium* no se considera como algo que tiene valor en sí mismo, será imposible realizarlo. Y es entonces cuando es posible hablar de la celebración de la fiesta. En ella se reúnen los tres elementos que configuran el *otium*: descanso, cesación del afán, y valor suprautilitario. Y es que sin saborear el *otium*, la fiesta fracasa. Celebrar una fiesta es expresar de un modo excepcional la aprobación del mundo en su totalidad. La forma suprema de esta concordia con el mundo en su totalidad es alabar a Dios, glorificar al Creador, ofrecerle culto. El origen ritual del *otium* y de la cultura no es una idea específicamente cristiana. Tanto Platón como Aristóteles coinciden en afirmar que el hombre no podrá vivir la vida del *otium*, mientras no resida en él algo divino.

2) La importancia del juego

“El hombre sólo es íntegramente hombre cuando juega” (Schiller). El término juego encierra una gran polivalencia semántica. Podemos decir que no hay esfera de lo humano que no contenga una modalidad jocosa. Así hablamos de juegos de niños, juegos de representación, juegos deportivos, juegos de azar,...y también en sentido figurado del juego de la vida, juego de fuerzas,...

Podemos definir el juego como una actividad libre, en cuanto que los jugadores eligen participar en ella, incierta, pues no se puede predecir el resultado y la duda sobre el final del resultado es lo que sostiene el juego, reglamentada, pues existen unas reglas del juego a la que todos se someten, y ficticia, respecto al transcurrir habitual de la vida corriente. Roger Caillois estableció una clasificación de los juegos en cuatro categorías según predomine la competencia (*agon*), el azar (*alea*), el simulacro (*mimicry*) o el vértigo (*ilinx*).

Huizinga define el juego como una “acción u ocupación libre, que se desarrolla dentro de unos límites temporales y espaciales determinados, según reglas absolutamente obligatorias, aunque libremente aceptadas, acción que tiene su fin en sí misma y va acompañada de un sentimiento de tensión y alegría y de la conciencia de “ser de otro modo” en la vida corriente”.

En el libro de los Proverbios se nos dice que la Sabiduría jugaba, al inicio de los tiempos, delante del rostro de Dios (*Prov* 8,30-31). Santo Tomás de Aquino relaciona las palabras de Proverbios con otro pasaje de la Escritura, *Eccl* 32,11-13: “llegada la hora levántate y no te entretengas, ve corriendo a casa y no te hagas el remolón. Allí diviértete y haz lo que te guste, pero no peques con palabras insolentes. Y por yodo esto bendice a tu Creador, al que te colma de sus bienes”. El juego del hombre es recomendado por la sabiduría, porque tanto la sabiduría como el juego comportan la alegría más profunda y a la vez no están ordenadas a otra cosa, sino que son buscadas por sí mismas. La gratuidad con que se manifiesta el juego, su finalidad sin fines envuelve tanto al hombre como a las cosas.

Al jugar, el hombre establece un ritmo de vida distinto del tiempo de trabajo. El niño se embebe en el juego. Vive en el presente. Así también el hombre que, de alguna manera, busca reconstruir esas experiencias. El hombre puede



pasar horas jugando, sin darse cuenta. El jugador, el atleta, el deportista, están de otro modo en el mundo, el espacio y el tiempo. Algo hay en el juego que es atisbo de lo que no es mera temporalidad.

El juego es también un modo privilegiado de ser y estar con los otros. Es un espacio privilegiado de encuentro. Puede ocurrir en la espontaneidad, en el acuerdo que genera la simpatía, o en medio del conflicto que puede llevar hasta la destrucción; el juego permite que se limen los antagonismos y asperezas, o también que se acentúen las rivalidades, siempre dentro de marcos más o menos reconocibles y aceptados por los participantes (lo que no ocurre en el «juego sucio»).

El significado antropológico del juego consiste ante todo en crear y recrear la relación con los demás, la comunicación, la salud, su carácter educativo, el conocimiento mediante el aprendizaje lúdico y el desarrollo de la creatividad. El juego auténtico, puro, constituye un factor decisivo de toda cultura, tan importante o incluso más que el mismo trabajo (Huizinga).

El hombre es y se hace más humano cuando juega y sabe jugar. Sus sentidos pueden ser múltiples, pero sin duda uno de ellos es que ayuda a ver las cosas de manera diferente, con humor; a relativizar el mundo de lo apremiante, lo serio, a valorar todas «las formas de lo innecesario» (Zubiri), bien entendido que el juego no es opone a lo serio.

Como sabemos, los niños ingresan en el mundo a través del juego. Los pedagogos señalan la importancia de los juegos para el desarrollo y maduración de los niños. El juego es un elemento educativo primordial en esta etapa de la niñez. De hecho, es este el centro de la infancia, que puede llamarse existencia lúdica. El juego despierta la creatividad del niño. Uno de los caracteres esenciales del juego es su seriedad: es decir, el juego compromete todo el ser, es una manifestación de la entera personalidad del niño. De ahí que el juego desempeñe en el niño el papel que el trabajo desempeña en el adulto.

El niño se afirma por el juego porque es ajeno al mundo del trabajo; el juego anuncia y prepara al trabajo. Notemos que entre el juego del niño y el juego del adulto hay una clara distinción. Para el adulto, el juego es un remedio contra el aburrimiento o contra la fatiga; por el contrario, el juego del niño tiene un fin en sí mismo, es afirmación de sí.

El juego está regido sin cesar por el gusto del ritmo y de la repetición. La fórmula “¿Quién quiere jugar a...?” es repetida sin cesar. El dibujo infantil es una de las manifestaciones más llamativas de este gusto por la repetición. La necesidad de orden encuentra múltiples manifestaciones en este periodo infantil.

El niño tiene necesidad de modelos concretos, pues desea ser grande. De hecho, cuando el ser humano carece de un modelo le faltan parámetros para orientar su propia trayectoria en el mundo. Pero si el modelo fuera meramente abstracto no podría ser el sustento del sentido de la vida: no podría dar cuenta de cómo las acciones concretas, desarrolladas en un tiempo determinado, se vinculan al conjunto entero de la vida. De ahí que el niño imite las actividades del adulto y, por ello, los juegos de imitación sean tan frecuentes entre los tres y siete años. En esta edad de la confianza y de la gracia, al niño le parece que el adulto, a pesar de su superioridad, no es más que un niño grande. Una de las alegrías más grandes



que puede tener el pequeño es la de jugar con los grandes. La experiencia confirma que quien juega con el niño posee autoridad. En este sentido, el juego encierra siempre una moralidad. El papel del mayor puede tomar formas diversas según la edad y según el juego: puede ser el adulto mismo, el padre sobre todo, el grande. La atracción ejercida es un movimiento que se dirige siempre hacia lo alto.

La capacidad de imitación de un modelo es otra clave para comprender la centralidad del juego infantil. Conviene advertir que no se puede hacer una interpretación psicoanalítica de toda imitación, pues el niño no representa únicamente los seres con los cuales quiere asimilarse.

Desde esta perspectiva podemos preguntarnos cuáles son los juegos preferidos de nuestros hijos, si tenemos prácticas lúdicas familiares y cómo nos ayudan.

3) El deporte y la familia

El deporte posee un valioso potencial educativo, sobre todo en el ámbito juvenil y, por esto, ocupa un lugar de relieve no sólo en el uso del tiempo libre, sino también en la formación de la persona. Para San Juan Pablo II, gran deportista y amante del deporte, la actividad deportiva es un instrumento educativo en las virtudes humanas. Dirigiéndose a un equipo de fútbol italiano decía: “Un equipo no es solamente fruto de calidad y prestaciones físicas; sino que es el resultado de una rica serie de virtudes humanas, de las cuales especialmente depende su éxito: el entendimiento, la colaboración, la capacidad de amistad y diálogo; en una palabra, los valores del espíritu, sin los cuales el equipo no existe y no tiene eficacia. Os animo a estar vigilantes para que tales virtudes, que os caracterizan, no sean nunca olvidadas”. En el jubileo de los deportistas, el 29.10.2000, el Papa de la familia recordaba: “*la lógica del deporte*, especialmente del deporte olímpico; y es también *la lógica de la vida*: sin sacrificio no se obtienen resultados importantes, y tampoco auténticas satisfacciones. Nos lo ha recordado una vez más el apóstol san Pablo: “Los atletas se privan de todo; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita” (1Co 9, 25). Todo cristiano está llamado a convertirse en un buen *atleta de Cristo*, es decir, en un testigo fiel y valiente de su Evangelio. Pero para lograrlo, es necesario que persevere en la oración, se entrene en la virtud y siga en todo al divino Maestro. En efecto, *él es el verdadero atleta de Dios*; Cristo es el hombre “más fuerte” (cf. Mc 1, 7), que por nosotros afrontó y venció al “adversario”, Satanás, con la fuerza del Espíritu Santo, inaugurando el reino de Dios. Él nos enseña que para entrar en la gloria es necesario pasar a través de la pasión (cf. Lc 24, 26 y 46), y nos precedió por este camino, para que sigamos sus pasos”.

Su sucesor Benedicto XVI aseveraba en la misma dirección: “el deporte, practicado con pasión y atento sentido ético, especialmente por la juventud, se convierte en gimnasio de sana competición y de perfeccionamiento físico, escuela de formación en los valores humanos y espirituales, medio privilegiado de crecimiento personal y de contacto con la sociedad” (1.08.2009).

En otro discurso afirmaba el papa emérito: “Toda actividad deportiva exige lealtad en la competición, el respeto del propio cuerpo, el sentido de solidaridad y de altruismo y luego también la alegría, la satisfacción y la fiesta. Todo esto presupone un camino de auténtica maduración humana, hecho de renunciaciones, tenaz,



de paciencia y sobre todo de humildad, que no es aplaudida, pero que es el secreto de la victoria” (17.12.2012). En este mismo discurso recordó al beato Pier Giorgio Frassati, un joven que amaba escalar y que “unía en sí la pasión por el deporte (...) y la pasión por Dios. Os invito a leer una biografía suya. El beato Pier Giorgio muestra que ser cristianos significa amar la vida, amar la naturaleza, pero sobre todo amar al prójimo, en particular a las personas en dificultad”.

En la sociedad occidental contemporánea el entretenimiento se ha convertido en un nuevo paradigma. Se fomenta el tiempo libre, donde las actividades deportivas tienen un papel destacado. El bienestar corporal que proporciona equilibrio, armonía, buen humor nos permite encontrarnos bien siempre. Viajando una vez en el tren coincidí con una mujer que iba leyendo un libro titulado “Todo el año de buen humor. Un programa para las cuatro estaciones” de M. Lejoyeux. Me llamó la atención y busqué la referencia. El libro parte de la premisa de que no hacemos el mismo tipo de actividades en cada estación, y que al cuidar nuestra salud física y mental mejoramos nuestro buen humor y lo hacemos de forma más permanente. El hombre occidental contemporáneo vive con frecuencia excesivamente preocupado por su corporeidad, imagen corporal, hábitos saludables,...El cuerpo como realidad maleable que cada uno puede modelar como total autoexpresión del sujeto, conduce a mitificar a los deportistas de élite, cuyas expresiones, peinados, estilos,...se imitan y reproducen por la red.

4) Conclusión

El *otium* en el mundo antiguo representaba el cultivo de lo verdaderamente humano; es todo aquello que enriquece nuestro matrimonio y nuestra familia, y que va más allá de lo productivo y utilitario. Se trata de aprender a reconocer lo que recibimos, todo lo que ennoblece y engrandece nuestra vida, dilata nuestra humanidad, evitando lo obvio, lo fácil, lo más cómodo, buscando la excelencia en nuestra vida cotidiana, de modo que se va creando un estilo en el comer, en el vestir, en el decorar la casa, en el celebrar las fiestas, en el conversar, en el conducir, en cocinar, hacer deporte, saludar,...

El juego desempeña un papel importante en su conexión con la fiesta. Aprender a jugar juntos, a generar prácticas lúdicas que hagan crecer nuestro matrimonio y nuestra familia es una tarea en la que podemos ayudarnos siempre más. El juego tiene un poder pedagógico notable. Desarrolla la imaginación, la creatividad y es fuente de virtudes humanas.

Finalmente el deporte es una actividad que nos hace crecer en humanidad y permite competir como matrimonio y familia. Es una fuente de virtudes humanas, donde aprender de otros y con otros a desplegar las cualidades y potencialidades que cada uno posee y van cambiando a lo largo de la vida. Practicar deportes con otros supone, tantas veces, entrar en contacto con la creación, y aprender a superar los límites propios, y crecer en virtudes.

5) Concretando

1. ¿Qué es el *otium* y cuál es su relación con la fiesta?
2. ¿Qué importancia tiene el juego para la celebración festiva?



3. ¿Qué juegos han tenido peso en la tradición de vuestra familia? ¿Cómo ha cambiado el juego en la tradición familiar?
4. ¿Haces deporte? ¿Lo practicas con tu familia?

6) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.

Segundo trimestre: La celebración del domingo. Pistas: el cuidado de la práctica del *dabar* (escucha y comentario del Evangelio del domingo siguiente en familia),

7) Para profundizar

R. CAILLOIS, *Los juegos y los hombres. La máscara y el juego*, Fondo de Cultura Económica, México 1986.

H. RAHNER, *El hombre lúdico*, Edicep, Valencia 2002.

J. HUIZINGA, *Homo ludens. El juego y la cultura*, Alianza Editorial, Madrid 1972.